



El reacomodo de México en una América Latina cambiante: de la euforia democrática a la introversión

Ana Covarrubias

Desde la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), mucho se ha discutido sobre la relación de México con América Latina: ¿qué posición tiene México en la región?, ¿qué representa? Económicamente hablando, el TLCAN formalizó una relación comercial evidente entre México y Estados Unidos, y reforzó el modelo económico neoliberal por el que había optado el gobierno mexicano desde los años ochenta y que se mantiene hasta nuestros días. Este modelo económico ha implicado la búsqueda de numerosos socios comerciales y, en consecuencia, la proliferación de tratados de libre comercio. Hoy por hoy, el gobierno mexicano sigue defendiendo

la apertura comercial y condenando el proteccionismo: su ingreso a la Alianza del Pacífico (AP) y su apuesta por el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por sus siglas en inglés) así lo atestiguan. En este sentido, México ha sido más congruente en su opción por el neoliberalismo que otros países de América Latina que, con el paso del tiempo y el cambio de gobiernos, han transitado entre uno y otro modelo.

Después de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), quizá el cambio más importante en México que tuvo consecuencias innegables en su posición en América Latina y su relación con muchos países de la región fue la llegada del Partido Acción Nacional (PAN) al poder en 2000. De esta manera, el presente artículo analizará cómo se ha reacomodado México en la región a lo largo de los últimos 16 años al apoyar el libre comercio y al subrayar su identidad democrática. Se argumentará que, durante el periodo, el libre comercio ha sido un objetivo constante de la política exterior mexicana mientras la defensa activa de la democracia y los derechos humanos fue más coyuntural. Sin embargo, al favorecer estos dos temas, la diplomacia mexicana provocó el deterioro en las relaciones con otros países de la región. Esto sucedió en una América Latina cambiante, en donde coexistieron diversos modelos de política interna y de integración regional. Al decidirse el gobierno mexicano por una definición político-ideológica específica, se distanció, en ocasiones agresivamente, de otros países y se acercó a nuevos interlocutores.

La euforia democrática y el libre comercio

La llegada del PAN al poder en 2000, en la llamada “alternancia”, puede verse como un símbolo o como la culminación de la apertura política en México. En ese año, México acompañaba de manera más genuina a sus vecinos latinoamericanos que habían transitado a la democracia desde los años ochenta. En consecuencia, México encontraba un nuevo lugar en la región como país democrático. Pero el consenso que pareció existir en la “década liberal” de los años noventa sobre la preferencia por el libre comercio, la democracia y los derechos humanos no duraría mucho más: el inicio del siglo XXI vio cambios importantes en la región, sobre todo con el surgimiento de la llamada “ola rosada”. Es

decir, Venezuela, Argentina, Brasil, Ecuador, Chile, Uruguay, Bolivia, entre otros, tendrían, cada uno en su momento, gobiernos elegidos democráticamente pero con una orientación más hacia la izquierda que implicaba políticas sociales y económicas distintas de las identificadas como neoliberales, y una idea de la integración regional diferente de la propuesta por Estados Unidos. Así pues, la nueva identidad de México en la región lo llevó a un realineamiento político-ideológico.

Aunque algunos gobiernos priistas habían hablado de una “nueva” política exterior en varias ocasiones, el sexenio del presidente Fox inició con la propuesta de “otra nueva” política exterior que, además, sería “activa”. Había varios factores que ayudaban a la formulación e implementación de esta política que pretendía ser claramente distinta de la de los gobiernos priistas. El gobierno mexicano buscó entrar de lleno en la agenda internacional de democracia y derechos humanos, por lo que no sorprende que el primer Secretario de Relaciones Exteriores del gobierno de Vicente Fox, Jorge G. Castañeda, declarara que la política exterior estaría basada en *valores* e intereses: “Las prioridades de nuestra política exterior reflejan, por tanto, *la agenda de la consolidación democrática* y del progreso económico en México, convirtiéndola así en una política basada en valores y, al mismo tiempo, en intereses” (énfasis añadido) (Castañeda, 2003).

En efecto, los “ejes” de la política exterior, según el presidente Fox, serían demostrar al mundo la consolidación de las instituciones democráticas en México, apoyar y promover en forma activa y comprometida el respeto y la defensa de los derechos humanos en el mundo, defender la democracia como la única forma de gobierno que garantiza el bienestar de los pueblos, participar activamente en la construcción del sistema internacional del nuevo milenio y promover el desarrollo económico sustentable (México, Presidente, 2001) Así pues, la política exterior, según el secretario Castañeda, procuraba responder a las transformaciones nacionales, regionales y mundiales a partir del cambio que significaba el triunfo del PAN, y contaba con dos objetivos principales: consolidar una relación estratégica con Estados Unidos y participar activamente en la construcción de un nuevo sistema normativo internacional (Castañeda, 2001: 67; 2002b: 73). Para el secretario Castañeda había una correlación entre democracia y participación internacional, en oposición al autoritarismo y el aislacionismo, por lo

que el fin del régimen autoritario significaba entrar a la democracia y dejar el aislacionismo (Castañeda, 2003a: 50-51). La política exterior del primer gobierno panista, en breve, fue un instrumento para reformular la identidad del país: México se proyectaba como democrático y optaba por una diplomacia que defendiera la democracia y los derechos humanos. El compromiso internacional de México con estos temas serviría, al mismo tiempo, para consolidar el cambio interno (Castañeda, 2002a).

La política de defensa de la democracia y los derechos humanos fue más visible en el caso cubano. La historia que casi llevó a la ruptura de relaciones diplomáticas entre los gobiernos de México y Cuba es bien conocida. Baste subrayar que, en efecto, lo que detonó el deterioro de la relación bilateral fue la posición mexicana respecto al voto en la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de Naciones Unidas (ONU) en Ginebra y las discusiones que se dieron alrededor de la misma. En 2001, el gobierno mexicano hablaba ya abiertamente de la necesidad de que las autoridades cubanas dieran señales de apertura en materia de derechos humanos lo que, desde luego, molestó al gobierno de la isla (Campa, 2001). Sin embargo, México se abstuvo al votar la resolución que pedía apertura a Cuba, aunque ese mismo año, el presidente Fox y el secretario Castañeda se entrevistaron con un grupo de disidentes que incluía a Oswaldo Payá, Martha Beatriz Roque Cabello, Raúl Rivero, Héctor Palacio Ruiz, Oswaldo Alfonso y Manuel Cuesta Morúa, durante su visita a Cuba. En 2002, el cambio de posición del gobierno mexicano en Ginebra fue total: votó a favor de la resolución que invitaba al gobierno cubano a esforzarse para cumplir con lo establecido en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, el Pacto de Derechos Civiles y Políticos y el de Derechos Económicos, Sociales y Culturales. El documento también pedía al gobierno cubano aceptar la visita de un representante de la Alta Comisionada de los Derechos Humanos (ONU, 2002). México, según Castañeda, votaba a favor de causas y no en contra de países: *“Nuestra posición sobre la situación de los derechos humanos en otros países no se basa en consideraciones políticas. No está determinada por cálculos de coyuntura ni es selectiva. Por el contrario, parte del reconocimiento de que los derechos humanos constituyen valores absolutos y universales, y de que es obligación de los Estados, tanto individual como colectivamente, velar por su respeto [...] La política exterior del presidente Vicente Fox*

no omita escuchar las expresiones de grupos que promueven los derechos humanos y la democracia en naciones donde su observancia es precaria.”¹

Las relaciones con Cuba se complicaron más por otras razones, como el trato que se dio a la visita de Fidel Castro durante la conferencia de Financiación para el Desarrollo en Monterrey y la acusación por parte del gobierno mexicano de que diplomáticos cubanos en México intervenían en asuntos internos. El gobierno de México continuó votando a favor de las resoluciones en la Comisión de Ginebra hasta que ésta se transformó en Consejo de Derechos Humanos y se eliminó la votación por países. El resultado fue que, en mayo de 2004, el gobierno mexicano retiró a su embajadora en La Habana y pidió el retiro del embajador cubano en México, Jorge Bolaños Suárez. Igualmente, se declaró persona *non grata* a Orlando Silva, consejero para Asuntos Políticos de la embajada cubana en México.

Además de algunos problemas no relacionados con la política mexicana de promoción de la democracia y los derechos humanos, no cabe duda de que fue esta última la que propició el daño tan fuerte en la relación bilateral, que se había caracterizado las más de las veces por el respeto de ambos gobiernos a sus respectivos regímenes políticos. Con la “nueva” política exterior el gobierno de México violaba el acuerdo no intervencionista con Cuba.

La política exterior de promoción de la democracia y los derechos humanos, aunada a la posición de México sobre los modelos económicos y el tipo de integración regional que debía procurarse también perjudicó la relación de México con otros países, especialmente Venezuela y, en menor medida, Argentina. El golpe de Estado en Venezuela en 2002 y la Cumbre de las Américas de 2005 ilustran claramente las diferencias entre México y esos dos países. En el caso de Venezuela, después del golpe que separó —muy brevemente— a Hugo Chávez de la presidencia, el secretario Castañeda solicitó invocar la Carta Democrática Interamericana para condenar la interrupción del orden democrático, pero añadió una crítica al gobierno de Chávez: “...*debemos evaluar y mencionar también las causas que contribuyeron a la ruptura del orden institucional y democrático, entre ellas los posibles errores en la conducción del gobierno del presidente Chávez, una creciente polarización interna, una conducción económica errática y un aislamiento internacional cada vez mayor. Estos elementos de ninguna manera justifican*

la interrupción del orden institucional en ese país. Y aunque tampoco son indispensables para condenar el golpe de Estado, su reconocimiento sí daría mayor solidez a la respuesta de la comunidad latinoamericana frente a este hecho intolerable” (Castañeda, 2003c: 85).

La democracia venezolana no parecía admisible, ni tampoco su modelo económico. Pero el conflicto más abierto entre México y Venezuela se dio durante la Cumbre de las Américas en Mar del Plata, Argentina, en noviembre de 2005; después de todo, México sí condenó formalmente el golpe en Venezuela.

Aun antes de la Cumbre de Mar del Plata, había una evidente discrepancia entre el gobierno mexicano y algunos países de América Latina, entre ellos Venezuela y sus socios de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), Argentina y Brasil, respecto a la forma que debería tomar la integración regional. Desde que se acordó en la Cumbre de las Américas de Miami de 1994, México había promovido el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en congruencia con su preferencia por el libre comercio y, quizá, en apoyo a la iniciativa estadounidense. Para los miembros del ALBA, ese proyecto neoliberal era inaceptable; Argentina lo rechazaba y Brasil se resistía al liderazgo estadounidense. En Mar del Plata, Fox defendió el ALCA y criticó al presidente argentino, Néstor Kirchner, por su lenguaje anti-global y anti-empresarial; Kirchner y Hugo Chávez habían encabezado la Anti-Cumbre. Así pues, Fox lo culpó abiertamente de estar “más interesado en cumplir con la opinión pública argentina” que en lograr el éxito de la Cumbre al mismo tiempo. Kirchner pidió a Fox que se ocupara de México pues a él lo habían votado los argentinos; Chávez lo llamó “cachorro del imperio” (Guajardo, 2008: 293). Como el gobierno venezolano no ofreció la disculpa que le solicitó el mexicano por esa declaración, el 15 de noviembre se retiraron los embajadores de las dos capitales, y no regresarían sino hasta finales de 2005. En 2006, Venezuela dejó el Grupo de los Tres (G3) comprendido por México, Colombia y, hasta entonces, Venezuela.

Con la llegada de Inácio Lula da Silva a la presidencia de Brasil, este país se convirtió en referencia de un modelo económico y político democrático y progresista. Como bien se sabe, la política exterior de Lula se distinguió por su alcance global, su activismo y su gran visibilidad. Además, constituía, en América Latina, un símbolo de autonomía, si

no resistencia, ante las políticas estadounidenses. La política exterior mexicana de promoción de la democracia y los derechos humanos no se dirigió a Brasil, pero las divergencias entre los dos gobiernos en materia económica y de integración regional fueron evidentes. Sin embargo, lo que realmente provocó el distanciamiento —la rivalidad para algunos— entre los dos países fue la proyección internacional de Brasil y su liderazgo en América del Sur. Así pues, las relaciones con este país tampoco fueron fáciles: la reforma al Consejo de Seguridad de la ONU así como la exclusión de México de las iniciativas sudamericanas como la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) parecen haber producido competencia entre los dos países por el liderazgo regional y por la exposición global. A pesar de ello, México logró ingresar como observador al Mercosur, en un intento por no quedar aislado de América del Sur.

El realineamiento de México en una región política e ideológicamente plural implicó la búsqueda de nuevos interlocutores como Colombia, país con el que se había iniciado un acercamiento desde el gobierno del presidente Ernesto Zedillo (1994-2000). Fox ofreció al presidente colombiano Andrés Pastrana la mediación de México entre el gobierno y la guerrilla colombianas y designó al embajador Andrés Rozental para negociar con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y a Andrés Valencia, a petición de Álvaro Uribe, para tratar con el Ejército de Liberación Nacional (ELN). La misión de Rozental era reunirse con las FARC y desarrollar un proyecto para reanimar el proceso de paz, pero el gobierno colombiano interrumpió el trabajo del enviado mexicano cuando desmanteló la zona especial en donde Rozental se reunía con las FARC. El sucesor de Pastrana, Álvaro Uribe, prefirió la mediación de Estados Unidos a una individual o multinacional (Rozental, 2004: 105-107). El embajador Andrés Valencia, por su parte, fungió como facilitador entre junio de 2004 y abril de 2005. Una vez más, desacuerdos entre las partes y falta de voluntad política frustraron la labor mexicana. El ELN desconoció a México como facilitador en un comunicado del 17 de abril de 2005, en el que reprochaba el voto mexicano a favor de la resolución de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU respecto a Cuba y el proceso de desafuero que en ese momento se seguía en contra del Andrés Manuel López Obrador, jefe de gobierno de la Ciudad de México. El gobierno mexicano respondió calificando el contenido del comunicado como

inaceptable pues el voto de México en la Comisión era una decisión soberana, al igual que el proceso jurídico contra el jefe de gobierno. Lo cierto es que el fracaso de la facilitación no puede limitarse a estas razones, pero sin la voluntad del ELN no era posible seguir adelante.² A pesar de estos fracasos —debe añadirse que la facilitación de Valencia se dio a petición del presidente Uribe—, la afinidad ideológica y preocupaciones compartidas como el crimen organizado transnacional contribuyeron a que la relación bilateral cobrara importancia.

Finalmente, no puede dejar de mencionarse el Plan Puebla Panamá (PPP), una de las iniciativas que parecía ser de las más importantes de la política exterior mexicana en la región. Fue Zedillo quien originalmente propuso un programa para el desarrollo conjunto del sur-sureste de México y los países centroamericanos, pero realmente se concretó como proyecto durante la presidencia de Fox. El objetivo inicial del PPP fue convertir al sur-sureste de México y Centroamérica en un “polo de desarrollo” mediante la construcción de infraestructura, la educación y la elevación del nivel de vida de sus habitantes, a partir de financiamiento público y privado, nacional e internacional. El Plan fue incluido en el Mecanismo de Tuxtla y se consideró como eje rector del acercamiento de México con Centroamérica. Hacia el final del sexenio de Fox, sin embargo, los resultados del PPP eran poco alentadores, según lo reconoció el gobierno mismo, especialmente por problemas financieros (Derbez, 2006: 29).

En conclusión, la defensa de la democracia, los derechos humanos y el libre comercio en una América Latina en constante transformación produjo el reacomodo de México en la región. Puede discutirse si fue el contenido o la implementación de esta “nueva” política exterior del primer gobierno panista lo que llevó al deterioro de las relaciones de México con varios países de América Latina —además de Cuba, Venezuela y Argentina, hubo fricciones menores con Bolivia, Nicaragua y El Salvador—, pero lo cierto es que el deseo del gobierno mexicano de resaltar su naturaleza democrática influyó decisivamente en su política exterior. La crítica interna y externa a la política exterior de México no se hizo esperar y la percepción generalizada fue de un México que se alejaba todavía más de América Latina; aislado y señalado.

Reparando el daño: un segundo reacomodo

El gobierno del presidente Felipe Calderón no tuvo a la política exterior como una de sus prioridades; de hecho, muy poco después de tomar posesión optó por la “guerra contra las drogas” y el proyecto principal para esto fue la Iniciativa Mérida, mediante la cual el gobierno estadounidense apoyaría al mexicano con entrenamiento y distinto tipo de vehículos de transporte. Pero al haber sido la política exterior uno de los temas más criticados al gobierno de Fox, uno de los intereses más claros de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) fue la “recomposición” de las relaciones con América Latina. La estrategia, sin embargo, no sería la misma que la del sexenio anterior: a pesar de que el PAN se mantenía en el poder, la promoción de la democracia y la protección de los derechos humanos no serían más objetivos primordiales de política exterior. De hecho, aunque retóricamente se mantuvo su valor, en la práctica fueron relegados a un segundo plano. Lo primero era recuperar la presencia e influencia de México en la región para lo cual había que mejorar las relaciones con Cuba, Venezuela y Argentina, y trabajar activamente en el ámbito multilateral. Según Guadalupe González y Rafael Velázquez, al inicio de su administración, Calderón buscó diferenciar su política exterior de la del gobierno anterior, mediante una diplomacia profesional, constructiva, pragmática y discreta (González y Velázquez, 2014: 150). Además, la lección que había dejado el gobierno de Fox era que la política exterior podía convertirse en materia de discusión interna, lo cual no era deseable, sobre todo teniendo en cuenta que la elección de Calderón había sido ampliamente cuestionada y reflejó una profunda polarización política en México (González y Velázquez, 2014: 151). Así pues, documentos oficiales proponían impulsar la reinserción de México en la política latinoamericana que recuperara “espacios de interlocución y cooperación con los principales actores regionales y profundizar nuestras alianzas estratégicas” (México, 2007: 82-83, en González y Velázquez, 2014: 150). El fin último era “reposicionar a México en el lugar que le corresponde en el escenario mundial y regional” (González y Velázquez, 2014: 150).

Cuba fue el primer objetivo: para recuperar la comunicación con el gobierno de la isla se nombró a un nuevo embajador, Gabriel Jiménez Remus, hombre cercano a Calderón y bien conocido por Fidel Castro

pues como coordinador de los panistas en el Senado había organizado el primer viaje de un grupo de panistas a Cuba en 1988. De hecho, Felipe Calderón y Carlos Castillo Peraza visitaron Cuba gracias a los esfuerzos de Jiménez Remus cuando fueron líderes del PAN. El gobierno cubano, por su parte, también nombró a un nuevo embajador, Manuel Aguilar Flores, lo que contribuyó a fomentar un nuevo entendimiento y la confianza mutua (Proceso, 2007).

La mejoría en la relación bilateral supuso cambios importantes en la posición de México en temas como derechos humanos y la deuda cubana. Aunque es difícil argumentar que la labor del embajador Luis Alfonso de Alba, como presidente del Consejo de Derechos Humanos de la ONU, que sustituyó a la Comisión, haya respondido al interés de México de modificar su relación con Cuba, lo cierto es que el haber logrado evitar que el Consejo votara sobre la situación de los derechos humanos en países específicos fue recibido por los cubanos como un gesto positivo del gobierno mexicano que removía un obstáculo muy importante para normalizar la relación bilateral.³ Respecto a la deuda del gobierno cubano con México, autoridades de los dos países firmaron en febrero de 2008 un acuerdo que permitió normalizar las relaciones financieras y comerciales. Finalmente, en octubre del mismo año, se firmó un memorándum de entendimiento en materia migratoria mediante el cual el gobierno mexicano podría deportar a cubanos indocumentados que llegaban a México para dirigirse a Estados Unidos. En esa ocasión, el ministro Pérez Roque declaró que se retomaba el camino “que nunca debió perderse, estamos reconstruyendo lo que fue gravemente afectado en el pasado” (Ríos, 2008).

A pesar de una breve diferencia entre Calderón y Fidel Castro como resultado de la epidemia de influenza que sufrió México en 2009 y que supuestamente impidió la visita del primero a Cuba, —al haber suspendido vuelos el gobierno de la isla—, la “normalización” de la relación no se vio perjudicada de manera significativa. En junio de 2009, por ejemplo, en la XXXIX Asamblea General de la OEA que tuvo lugar en San Pedro Sula, Honduras, funcionarios mexicanos tuvieron una participación decisiva para lograr la votación que dejaba sin efecto la resolución VI de la VIII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de 1962, que suspendía al gobierno cubano de participar en las actividades de la organización. Y en 2010, tras el

fallecimiento del prisionero Orlando Zapata en Cuba como resultado de una huelga de hambre, la SRE lamentó el hecho pero añadió que México no podía juzgar la situación de los derechos humanos en Cuba pues tenía grandes retos —propios— en la materia. Para México, según el comunicado, era prioritario “mantener una relación cercana y constructiva con Cuba. Nuestros vínculos con ese país se basan en una visión de Estado y no en posturas ideológicas” (México, 2010). Hacia el final de su sexenio, el presidente Calderón viajó a Cuba y fue recibido por Raúl Castro.

Las relaciones con Argentina, Venezuela y Bolivia no se deterioraron más. En el caso de Brasil, la relación no fue fácil por las diferencias sobre las organizaciones que debían congregarse y representar a la región, como se verá más adelante, y por el Acuerdo de Complementación Económica (ACE) 55, que había sido firmado entre México y Mercosur para promover la industria automotriz. Los presidentes Calderón y Lula intentaron dar un nuevo comienzo a la relación bilateral y dejar atrás los conflictos surgidos por las distintas posiciones de México y Brasil respecto al Consejo de Seguridad de la ONU y por la rivalidad por el liderazgo regional. El Acuerdo Estratégico de Integración Económica (AEIE) fue el medio por el cual los dos gobiernos procuraron el acercamiento pero, además de los muchos cuestionamientos por parte de grupos empresariales de los dos países sobre su conveniencia, a principios de 2012 Brasil denunció unilateralmente el ACE 55 argumentando que tenía un déficit creciente con México en el comercio bilateral de vehículos y autopartes. Las autoridades mexicanas reaccionaron duramente a la decisión de Brasil y declararon que así no podría haber un acuerdo de libre comercio entre los dos países, al tiempo de que emprendieron negociaciones con autoridades brasileñas para llegar a un acuerdo sobre el ACE 55, que concluyeron con la firma de un Protocolo Adicional al Apéndice Bilateral que establecía, entre otras cosas, cuotas de importación para vehículos ligeros (González *et al.*, 2012).

Con Colombia y Chile, las relaciones se mantuvieron en muy buen nivel; en el primer caso, por el interés compartido de luchar contra el crimen organizado, objetivo principal del gobierno mexicano y, en el segundo, como resultado de la asociación estratégica entre los dos países. Para el gobierno mexicano fue muy valiosa la visita de la presidenta Michelle Bachelet en junio de 2009, después de la epidemia

de influencia que había causado dificultades con Argentina, Perú y Cuba, quienes suspendieron vuelos de y hacia México. En 2008, por otra parte, Colombia ingresó al PPP, que cambió su nombre a Proyecto Mesoamérica (PM). El proyecto se redefinió como un mecanismo de diálogo y coordinación para articular los esfuerzos de cooperación, desarrollo e integración desde México hasta Colombia. Hasta entonces, la iniciativa había contribuido a la integración y desarrollo regionales mediante avances en la construcción de plataformas de industria eléctrica, telecomunicaciones y transporte; lo que seguía era, así, promover la cooperación para construir una identidad regional que contribuyera a encontrar soluciones conjuntas a problemas comunes. A pesar de algunos logros en materia de comunicaciones, lo cierto es que el PM no logró lo que se propuso inicialmente. Desde el sexenio de Fox, el gobierno mexicano ha reiterado la importancia de Centroamérica para la seguridad, la estabilidad y el desarrollo de México pero, hasta el día de hoy, no se observa una política bien definida, sustentada y permanente hacia la región.

El golpe de Estado en Honduras en junio de 2009 presentó más dificultades para México: aunque reiteró su posición pro-democrática, fracasó en su afán por tener una influencia eficaz en la región. El gobierno mexicano condenó el golpe y llamó a consultas a su embajador, Tarcisio Navarrete Montes de Oca, y respaldó la aplicación de la Carta Democrática Interamericana. Lo más interesante, sin embargo, fue el haber recibido a la canciller Patricia Isabel Rhodas al día siguiente del golpe y al presidente depuesto, Manuel Zelaya en agosto, como jefe de Estado. De igual manera, la Secretaria de Relaciones Exteriores, Patricia Espinosa, formó parte de una de las misiones de la OEA que procuró, sin éxito, dialogar con el nuevo presidente, Roberto Micheletti. Finalmente, las autoridades mexicanas enviaron un avión de la Fuerza Aérea para transportar a Zelaya a México, pero Micheletti le negó el salvoconducto, lo que puso fin a los esfuerzos mexicanos por intervenir eficazmente en la situación hondureña. En noviembre se realizaron elecciones en Honduras y Porfirio Lobo resultó electo. El gobierno de México esperó hasta que la OEA readmitiera a Honduras para reconocerlo como jefe de Estado, de tal manera que no fue invitado a la Cumbre de la Unidad de América Latina y el Caribe que se celebró en Cancún en febrero de 2010, cuando se anunció la creación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

Para reforzar su presencia en la región, el gobierno de México colaboró intensamente con el Grupo de Río y obtuvo la Secretaría Pro Témpace entre 2008 y 2010. Destacan en este periodo dos reuniones del Grupo: la XX en Santo Domingo y la Cumbre Extraordinaria en Salvador, Bahía. En la primera ocasión, los presidentes Felipe Calderón y Leonel Fernández, de la República Dominicana, contribuyeron a la reconciliación entre Ecuador y Colombia, después de que este último país bombardeara territorio del primero en un ataque contra las FARC. La segunda fue muy significativa en tanto Cuba participó por primera vez como miembro del Grupo. A decir de diplomáticos mexicanos, fue en la reunión de Santo Domingo cuando el presidente Calderón consideró conveniente conformar una organización de latinoamericanos para resolver los problemas de la región. Con ese fin, la SRE preparó un proyecto que presentó a Brasil, Argentina, Chile, Colombia, Perú, Jamaica y la República Dominicana. En mayo de 2009, sin embargo, Brasil organizó una cumbre para crear una organización para el desarrollo y la integración, la Comunidad de América Latina y el Caribe (CALC), pero México insistió que ésta y el Grupo de Río debían unirse para formar la CELAC, si bien Brasil prefería mantener la CALC. México convocó a la Cumbre de la Unidad en febrero de 2010, cuando terminaba su periodo en la Secretaría Pro Témpace del Grupo de Río, y fue entonces cuando se anunció la creación de la CELAC. La Cumbre de la Unidad fue especialmente importante para México no sólo por la CELAC, sino porque demostró su poder de convocatoria, lo que reflejó su influencia regional. Además, el hecho de que la CALC no haya sobrevivido fue también un éxito para la diplomacia mexicana.⁴

A pesar de que la política exterior no fue prioridad para el gobierno de Calderón, no es aventurado decir que la diplomacia en América Latina fue relativamente exitosa, sobre todo, teniendo en cuenta el estado de las relaciones de México con varios países al finalizar el sexenio de Vicente Fox. A decir de Guadalupe González y Rafael Velázquez Flores, México logró la normalización de las relaciones con Cuba y Venezuela, aunque distante y fría, mediante la cual se pudieron manejar las fuentes de conflicto y tensión (González y Velázquez, 2014: 181). Así pues, los resultados fueron mixtos: se reencauzaron las relaciones bilaterales dañadas durante el gobierno de Fox, pero no se construyeron alianzas estratégicas con los principales actores regionales, especialmente Brasil; excepto por el Grupo de Río, primero, y la CELAC después,

México no se distinguió por su actividad en foros regionales (González y Velázquez, 2014: 151). Pero lo cierto es que el gobierno de Calderón logró, en términos generales, “bajarse del ring ideológico”, al que se había subido su antecesor. Esto desembocó naturalmente en mejores relaciones con países de signo político-ideológico distinto y en mantener a la política exterior fuera de la discusión nacional (González y Velázquez, 2014: 150).

México y América Latina hoy: cordialidad, pragmatismo y distancia

El regreso del Partido Revolucionario Institucional (PRI) al poder provocó muchos cuestionamientos sobre la política exterior que tendría hacia la región: ¿regresaría el gobierno a una política más priista, como antaño?, ¿o se reconocería que ni México ni América Latina eran los mismos que en los años del régimen priista? El inicio del gobierno de Enrique Peña Nieto generó muchas expectativas al haber logrado el Pacto por México y, posteriormente, las reformas estructurales que llevarían a México al crecimiento y al desarrollo.⁵ En noviembre de 2012, la revista *The Economist* se refería al surgimiento de México (*The rise of Mexico*) y al “momento de México” (*the Mexican moment*); en febrero de 2014, la edición latinoamericana de la revista *Time* retrataba en su portada a Peña Nieto y lo calificaba como el salvador de México (*Saving Mexico*). En materia de política exterior, el nuevo gobierno proyectaba a México como un “actor con responsabilidad global”; se trataba de hacer de México un jugador influyente en el sistema internacional. México, según Peña, debía retomar su liderazgo en el mundo como poder emergente. Como el país más grande de habla hispana, México debía tener un papel clave en lo económico, lo cultural y lo político, y debía recuperar su liderazgo en América Latina mediante una promoción más activa de los intercambios culturales, sociales y económicos, en las relaciones bilaterales y en los esfuerzos regionales. Finalmente, México debía profundizar su asociación estratégica con sus vecinos del norte para que el TLCAN se convirtiera en un motor renovado de crecimiento, al mismo tiempo que debía diversificar sus relaciones económicas con el mundo y aprovechar el marco institucional que se tenía ya con Asia-Pacífico y Europa (*The Economist*, 2012). Hacia finales de 2014, sin embargo, la crisis política y social en el país

era tan profunda que dificultaba —y dificulta— la implementación de una política de gran alcance y eficaz.

Al inicio del sexenio, el apoyo a la CELAC y la Alianza del Pacífico (AP) parecía marcar la continuidad con el sexenio anterior. La CELAC parece haber entrado en periodo de pausa mientras que la AP parece ser la única iniciativa relativamente exitosa. La AP se propuso en abril de 2011 cuando los presidentes Juan Manuel Santos, de Colombia, Alan García, de Perú, Sebastián Piñera, de Chile, y Felipe Calderón, de México, emitieron la Declaración de Lima para incrementar el libre flujo de bienes, capitales, servicios y personas entre los países firmantes. En junio de 2012 se firmó el acuerdo marco que dio vida a la AP, que se define como un mecanismo de integración económica y comercial para, además de promover el libre tránsito de bienes, capitales, servicios y personas, impulsar el desarrollo, el crecimiento y la competitividad de las economías de los cuatro países, y convertirse en un instrumento de articulación política, integración económica y comercial con proyección internacional, especialmente hacia Asia-Pacífico. Según Eduardo Pastrana, la AP representa el regreso de México a la región, especialmente en Sudamérica, que pareció estar bajo la hegemonía brasileña durante la era de Lula (Pastrana, 2016: 15-16). En efecto, mucho se ha argumentado que la AP le dio a México “un pie” en América del Sur, después de haber sido excluido de distintas iniciativas propuestas por Brasil. Incluso se ha comentado que América del Sur se ha dividido en la América del Pacífico y la América Atlántica. Estos planteamientos pueden matizarse por muy diversas razones, como la debilidad del Mercosur y la UNASUR, y la crisis en Brasil, entre otras. Pero lo importante es notar la continuidad de la posición mexicana a favor del libre comercio. Como bien señala Pastrana, la opción de México por la AP es congruente con la política económica del país y con los objetivos iniciales del gobierno de Peña Nieto: transformar a México en una potencia emergente y en un actor con responsabilidad global (Pastrana, 2016: 23). México también ha apostado por el TPP, mirando a Asia dados los problemas económicos que enfrenta, quizá desde la crisis de 2008 y ante la incertidumbre de las elecciones en Estados Unidos. México recibió la presidencia pro t mpore de la AP en 2014 y es actualmente uno de los frentes de mayor actividad del gobierno.

Quizá por tratarse de un gobierno priista, quizá por haber sido el gran fracaso del PAN, o quizá por interés económico, el gobierno de Peña Nieto dio gran importancia a la relación con Cuba, por lo menos simbólicamente. En noviembre de 2013 se anunció el “relanzamiento” de la relación que consistió en el fortalecimiento de su marco jurídico: se firmaron o actualizaron acuerdos y tratados sobre extradición, asistencia jurídica mutua en materia penal, complementación económica, cooperación en materia turística, reconocimiento y revalidación mutua de títulos, diplomas y estudios de educación superior; se firmó un memorando de entendimiento sobre medio ambiente y recursos naturales, una carta de intención para la cooperación bilateral, y se amplió la línea de crédito para el comercio y la inversión. Además, el gobierno mexicano condonó gran parte de la deuda cubana. México, según Meade, quería participar activamente en el proceso de actualización del modelo económico cubano (México, 2013). Más sorprendente fue la visita de Peña a Cuba en enero de 2014, en donde se entrevistó con Fidel Castro; Raúl Castro, a su vez, visitó la ciudad de Mérida, en el estado de Yucatán, en noviembre de 2015.

Venezuela ha sido nuevamente un tema de política exterior, aunque no muy trascendente. La asistencia de Peña a los funerales de Hugo Chávez sugirió un gran pragmatismo por parte del gobierno mexicano: la ideología no definía más la política exterior. En 2016, sin embargo, la actual Secretaria de Relaciones Exteriores, Claudia Ruiz Massieu, recibió en la cancillería a la esposa del opositor encarcelado Leopoldo López, Lilian Tintori, y a su madre, Antonieta Mendoza, e hizo un llamado a los actores políticos venezolanos a que favorecieran el diálogo para resolver sus diferencias apegados al estado de derecho. El encuentro y las declaraciones de Ruiz Massieu fueron criticados por la ministra venezolana de Relaciones Exteriores, Delcy Rodríguez, quien lamentó que la secretaria mexicana atendiera “órdenes imperiales”. Rodríguez añadió que Ruiz Massieu apoyaba “*acciones terroristas en Venezuela y olvida las terribles violaciones a los derechos humanos ocurridos en su país [...] La canciller Ruiz Massieu se hace eco de la campaña apátrida contra Venezuela violando el derecho internacional...*” (La Jornada, 2016). A pesar de la reunión y las declaraciones de la ministra Rodríguez la relación bilateral no se vio perjudicada mayormente.

La crisis política y de derechos humanos en México, aunado a la campaña electoral en Estados Unidos ha absorbido la atención de las autoridades mexicanas. No hay conflictos con países de América Latina, como tampoco hay iniciativas bilaterales o regionales significativas —excepto quizá por la AP—. El pragmatismo, y hasta cierto punto el aislamiento —voluntario—, parecen ser el eje de la diplomacia mexicana. México no participó en el acercamiento entre Cuba y Estados Unidos, y tampoco lo hizo en el proceso de paz en Colombia. La distancia, y seguramente la rutina, parece ser hoy la característica principal de las relaciones entre México y América Latina, y no sólo por responsabilidad de México: Colombia se concentra en el proceso de paz, Venezuela se hunde en una crisis muy profunda, al igual que Brasil. En breve, los países latinoamericanos parecen más ocupados en política interna que en sus relaciones regionales.

Reflexiones finales

México cambia y se reacomoda en una América Latina igualmente cambiante y en reacomodo: América Latina pasa del neoliberalismo a la ola rosada y a la crisis mientras que México lo hace de la euforia democrática a la guerra contra las drogas y la crisis de derechos humanos y desprestigio del gobierno. La constante en el caso mexicano es su postura pro libre comercio. En este sentido, vale la pena destacar el ámbito comercial pues lo que sí ha ocurrido en los últimos años es un aumento en el comercio y la inversión de México con la región. Aunque la mayor parte del comercio de México sigue concentrándose en Estados Unidos, en términos absolutos sí hubo un incremento con América Latina: de 2007 a 2011, por ejemplo, el comercio total con la región pasó de 35.470.9 a 46.024.9 millones de dólares; es decir un incremento de 29,8%. En el primer semestre de 2012 el ritmo de crecimiento había sido dos veces más alto del registrado con Estados Unidos (González y Velázquez, 2014: 166). Las exportaciones de México crecieron más que las importaciones por lo que para 2011 México tenía un superávit de 429,7 millones de dólares. Por importancia, el comercio de México se dio primero con Sudamérica, después Centroamérica y, finalmente, el Caribe. De igual manera, la inversión mexicana en América Latina ha venido creciendo desde el año 2000 y alcanzó un máximo histórico, según la UNCTAD en 2010 (González y Velázquez, 2014: 171-173). En

2012, se calculaba que la inversión de empresas mexicanas en América Latina y el Caribe era de 81.421,7 millones de dólares (González y Velázquez, 2014: 175). México, entonces, sí ha estado presente en la región mediante el comercio y la inversión pero lo interesante es no es resultado de una estrategia gubernamental, sino que son los actores económicos quienes encuentran oportunidades valiosas en la región y actúan en consecuencia aun sin el respaldo del gobierno.

Si la historia es una guía confiable, las relaciones entre México y América Latina se han dado en ciclos de acercamiento y distancia. Así pues, parece que el inicio del siglo XXI ha sido testigo de esta misma dinámica: el gobierno de Vicente Fox tuvo una política activa hacia la región pero con resultados mayormente negativos a la que Felipe Calderón tuvo que reaccionar con una estrategia caracterizada por el pragmatismo para lograr un estatus quo definido principalmente por la distancia, que parece mantenerse en el gobierno actual. A partir de 2006, en breve, es probable que las relaciones México-América Latina se encuentren en la fase de los contactos rutinarios, sin grandes iniciativas conjuntas. La vinculación se da por el comercio y la inversión, lo cual sí es novedoso, pero sin una intervención decisiva por parte de los gobiernos. Esto no quiere decir que no haya oportunidades de acción en la región pero tendremos que esperar hasta que vuelva el ciclo del acercamiento, que puede darse por buenas o malas razones, dada la crisis generalizada en la mayor parte de los países de la región.

A manera de postdata, dos sucesos muy significativos que tuvieron lugar al finalizar este artículo, y que podrían influir en la dinámica de estos ciclos de distancia y acercamiento entre México y América Latina, son la elección de Donald Trump para la presidencia en Estados Unidos y la muerte de Fidel Castro. Es poco lo que puede decirse con certeza sobre las consecuencias de estos dos hechos; valga la pena plantear algunos escenarios. El primero, en referencia al próximo presidente Trump, recuerda la idea común sobre el triángulo México-Estados Unidos-América Latina. Hasta ahora, el candidato Trump dirigió su atención únicamente a México y no al resto de América Latina (excepto Cuba en algunas coyunturas); así pues, ¿será América Latina un aliado, —o apoyo—, de México para fortalecerse frente a un Estados Unidos que seguramente será hostil? En temas comerciales, ante el proteccionismo que parece ser la preferencia de Trump, América Latina

podría presentarse como una opción pero, si miramos a la historia y a la situación de los países latinoamericanos, será muy difícil que se concrete como tal. En otros temas como migración, medio ambiente, democracia, derechos humanos, por ejemplo, el factor Trump podría revitalizar el multilateralismo latinoamericano. El acercamiento con América Latina, en este sentido, sería resultado de un Estados Unidos poco favorable a los intereses de la región. Un segundo escenario, no ajeno a la idea del triángulo, sería el trabajo conjunto entre México y Centroamérica (en especial los países del Triángulo del Norte), al ser los más afectados por la política migratoria que el candidato electo ha anunciado. En este sentido pueden considerarse varias situaciones: a) una mayor presión del gobierno estadounidense sobre el mexicano para que “selle” la frontera sur de México evitando así el tránsito de migrantes centroamericanos. Esto derivaría en relaciones tensas y difíciles entre México y sus vecinos del sur y, desde luego, con Estados Unidos; b) otra posibilidad sería conformar un frente común que exija el respeto de los derechos humanos de los migrantes mexicanos y centroamericanos en Estados Unidos y que se oponga a las deportaciones masivas. En ambos casos, no deja de ser una buena oportunidad para el gobierno mexicano para diseñar, por fin, una estrategia amplia y bien definida hacia Centroamérica. Finalmente, se podría pensar en la recurrencia de un patrón ya conocido: Estados Unidos y los países de América Latina optarían por las relaciones bilaterales. Es decir, cada país se concentraría en su relación con Estados Unidos. En este caso, América Latina no sería un actor valioso para la política exterior de México, quien dirigiría toda su atención a lidiar con un actor que seguramente no será nada fácil. El distanciamiento México-América Latina sería evidente.

El año de 2016 finaliza no sólo con un presidente electo en Estados Unidos, sino con la ausencia de Fidel Castro. La muerte del comandante no será tan determinante en las relaciones hemisféricas como la elección de Trump, pero no deja de ser un elemento más para reflexionar sobre la recomposición de esas relaciones. La pregunta es, desde luego, ¿qué política implementará Trump hacia Cuba? De optar por reforzar la hostilidad hacia la isla, América Latina podría volver a encontrar en Cuba a un elemento de unión, si no en su defensa contra Estados Unidos, sí como apoyo para continuar con el proceso de normalización que beneficia a toda la región. En el caso de México,

sin embargo, esto plantearía una disyuntiva bien conocida: teniendo en cuenta que la relación entre México y Estados Unidos no será fácil, ¿convendrá al gobierno mexicano añadir un irritante más si opta por el apoyo a Cuba, o preferirá mantener la distancia con Cuba para no contaminar su relación exterior más importante? Es muy pronto para saberlo y el curso que escoja dependerá, también, de la política que siga el gobierno cubano. Si éste adopta una posición defensiva ante Estados Unidos y de cerrazón política interna como protección, entonces será más difícil para las autoridades mexicanas encontrar en Cuba a un interlocutor útil. Si el liderazgo cubano, por otro lado, busca aliados latinoamericanos con una actitud flexible, entonces la relación cercana puede ser muy provechosa. Por el momento no puede haber conclusiones sino, simplemente, especulación sobre escenarios que, ciertamente, serán muy complicados para América Latina, México y Estados Unidos.

NOTAS

1. “México vota a favor de causas y no en contra de países”, comunicado, 15 de abril de 2002, <http://www.presidencia.gob.mx>, consultado el 15 de abril de 2002; “México trabaja para ampliar y profundizarla plena observancia de los derechos humanos”, y Castañeda (2003: 79).
2. Andrés Valencia hace un análisis más detallado de su labor. Ver Valencia 2006.
3. Según el canciller cubano Felipe Pérez Roque: “estamos construyendo [la relación] sobre bases nuevas [...] y así entendemos el gesto. Creemos que ha habido un cambio en la posición de México” (Arreola, 2007).
4. Entrevista telefónica con un diplomático mexicano que pidió el anonimato, 3 de junio de 2014.
5. El Pacto por México fue firmado por los principales partidos políticos: Partido Revolucionario Institucional (PRI), Partido de Acción Nacional (PAN) y Partido de la Revolución Democrática (PRD) en diciembre de 2012, inmediatamente después de haber tomado posesión Enrique

Peña Nieto —el Partido Verde Ecologista de México (PVEM) se sumó en enero de 2013, para profundizar el proceso democrático en México. Las reformas estructurales fueron once, incluyendo el sector energético, financiero, educativo, hacendario, laboral y político-electoral, la competencia económica, telecomunicaciones y radiodifusión y transparencia. Se aprobó igualmente un código nacional de procedimientos penales y una nueva Ley de Amparo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arreola, Gerardo (2007). “Con su apoyo en la ONU, México quitó obstáculos para reiniciar vínculos: Cuba”, en *La Jornada*, 21 de junio, <http://www.jornada.unam.mx/2007/06/21/inex.php?section=politica&articulo=022nlpol>, consultado el 21 de junio de 2007.
- Campa, Homero (2001). “Primera crisis internacional del gobierno de Fox”, en *Proceso*, 21 de abril, <http://www.proceso.com.mx/185341/primera-tesis-internacional-del-gobierno-de-fox>, consultado el 22 de abril de 2002.
- Castañeda, Jorge G. (2001). “Los ejes de la política exterior de México”, *Nexos*, vol. 23, núm. 288, diciembre, pp. 66-74.
- Castañeda, Jorge G. (2002a). “Política exterior y cambio democrático a dos años del 2 de julio”, *Reforma.com*, 12 de julio, <http://busquedas.gruporeforma.com/reforma/BusquedasComs.aspx>, consultado el 12 de julio de 2002.
- Castañeda, Jorge G. (2002b). “Palabras del Secretario de Relaciones Exteriores, Jorge Castañeda, durante su reunión con la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados”, 26 de septiembre de 2001, en *Discursos del Secretario de Relaciones Exteriores, Jorge Castañeda (julio-diciembre de 2001)*, México: SRE.
- Castañeda, Jorge G. (2003a). “La influencia de las relaciones internacionales en el fortalecimiento de la democracia”, palabras pronunciadas ante el Consejo Español de Estados Unidos, Washington, 21 de febrero de 2002, *Discursos del Secretario de Relaciones Exteriores, Jorge Castañeda (enero-junio de 2002)*, México: SRE.

- Castañeda, Jorge G. (2003c). “Golpe de Estado en Venezuela”, palabras pronunciadas durante la Reunión del Grupo de Río para analizar la situación de Venezuela, San José de Costa Rica, 12 de abril de 2002, *Discursos del Secretario de Relaciones Exteriores, Jorge Castañeda (enero-junio de 2002)*, México: SRE
- Castañeda, Jorge G. (2003b). “Los principales logros en la política exterior del Presidente Vicente Fox”, palabras pronunciadas durante su Informe de Gestión correspondiente al periodo 2002, Tlatelolco, 9 de diciembre de 2002, *Discursos del Secretario de Relaciones Exteriores, Jorge Castañeda (julio-diciembre, 2002)*, México: SRE.
- Derbez, Luis Ernesto (2006). *La perspectiva mexicana frente a la seguridad multidimensional*, México: Centro de Investigaciones sobre América del Norte-UNAM, (Cuadernos de América del Norte, 6).
- González, Guadalupe y Velázquez, Rafael (2014). “La política exterior de México hacia América Latina en el sexenio de Felipe Calderón (2006-2012): entre la prudencia política y el pragmatismo económico”, en Garza, Humberto, Schiavon, Jorge A. y Velázquez, Rafael (eds.) *Balance y perspectivas de la política exterior de México 2006-2012*, México: El Colegio de México-CIDE, pp. 149-193.
- González, Lilia, Flores, Leonor y Suárez, Pedro (2012). “México aceptaría recortar envío de autos a Brasil”, en *El Economista*, 13 de marzo, <http://eleconomista.com.mx/industrias/2012/03/13/brasil-espera-cerrar-acuerdo-mexico>, consultado el 25 de abril de 2012.
- Guajardo, Guillermo (2008). “Viejos puentes y nuevos acervos: la relación de México con América Latina y el Caribe durante el sexenio de Vicente Fox”, en *Foro Internacional*, vol. 48, núm. 1-2 (191/192), enero-junio, pp. 268-296.
- La Jornada (2016). “Recibe Ruiz Massieu a esposa de opositor venezolano”, *La Jornada*, 8 de febrero, <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2016/02/08/recibe-ruiz-massieu-a-esposa-de-opositor-venezolano-1425.html>, consultado el 12 de octubre de 2016.
- México, Presidente, Vicente Fox, *Primer Informe de Gobierno 2001*.
- México, Secretaría de Relaciones Exteriores (2007). *Primer informe de labores e la Secretaría de Relaciones Exteriores, 2007*, México: SRE
- México, Secretaría de Relaciones Exteriores (2010). “México hace un llamado al Gobierno de Cuba a realizar las acciones necesarias para

- proteger la salud y la dignidad de todos sus prisioneros”, lunes 15 de marzo, comunicado núm. 074, México, D.F., http://www.sre.gob.mx/csocal/contenido/comunicados/2010/mar/cp_074.html
- México, SHCP-SRE (2013). “México y Cuba refuerzan su relación bilateral con la firma de ocho acuerdos”, comunicado de prensa, 1 de noviembre, <http://www.hacienda.gob.mx>, consultado el 12 de octubre de 2016.
- Muñoz, Patricia (2008). “Con México se restableció el diálogo: Pérez Roque”, en *La Jornada*, 20 de octubre, <http://www.jornada.unam.mx/2008/10/20/index.php?section=politica&article=015nlpol>, consultado el 20 de octubre de 2008.
- ONU, Comisión de Derechos Humanos (2002). “Resolutions on situations in Iraq, Sudan and Cuba adopted by the Commission on Human Rights”, session 58, 19 de abril, *press release*.
- Pastrana, Eduardo (2016). *La Alianza del Pacífico: de cara a los proyectos regionales y las transformaciones globales*, México: Konrad Adenauer Stiftung / Gedisa / Pontificia Universidad Javierana / Konrad Adenauer Center.
- Proceso (2005). “Fracaso en Colombia”, 24 de abril, <http://www.proceso.com.mx/194500/fracaso-en-colombia>, consultado el 12 de octubre de 2016.
- Proceso (2007). Comparecencia de Gabriel Jiménez Remus en la segunda Comisión de Relaciones Exteriores, Defensa nacional y Educación del Congreso de la Unión. Proceso.com, 22 de agosto de 2007, <http://www.proceso.com.mx/rv/modHome/pdfExclusiva/53303>, consultado el 22 de agosto de 2007.
- Rozental, Andrés (2004). “Fox’s Foreign Policy Agenda: Global and Regional Priorities”, en Rubio, Luis y Kaufmann Susan (eds.) *Mexico Under Fox*, Boulder: Lynne Rienner, pp. 87-114.
- The Economist (2012). “Mexico’s moment. Enrique Peña Nieto, Mexico’s newly elected president, sets out his priorities”, en *The Economist*, 21 de noviembre, <http://www.economist.com/node/21566314/print>, consultado el 12 de octubre de 2016.
- Valencia, Andrés (2006). “The Peace Process in Colombia with the ELN: The Role of Mexico”, *Latin American Special Report*, Woodrow Wilson International Center for Scholars, marzo.

RESUMEN

**El reacomodo de México en una América Latina cambiante:
de la euforia democrática a la introversión**

Desde el triunfo electoral del PAN en 2000, la política exterior de México muestra dos etapas diferenciadas: los sexenios de Vicente Fox (2000-2006) y de Felipe Calderón (2006-2012). En el primero, el país afirmaría vía política exterior su nueva identidad de país democrático, defensor de los derechos humanos, y alineado con el libre comercio. Ese realineamiento, sin que llevara a una mejor relación con Estados Unidos, a causa de la guerra de Irak, significó una relación conflictiva con Cuba, y alejó a México de América Latina, en periodo de gobiernos de signo progresista, y de fuerte liderazgo de Brasil en torno a un regionalismo sudamericano. Con la presidencia de Calderón, se inicia una etapa dominada por la “guerra contra las drogas”, y un viraje respecto a la política latinoamericana del periodo anterior: los derechos humanos quedan en segundo plano, lo que permite recomponer las relaciones con Cuba; y México retorna a Latinoamérica a través de la Alianza del Pacífico, afín a su orientación económica liberal, y de CELAC, como espacio de concertación política. El artículo concluye con algunos interrogantes sobre los cambios en Cuba tras la muerte de Castro y la presidencia de Donald Trump como nuevos factores relevante para la política exterior mexicana.

ABSTRACT

**Repositioning of Mexico in an ever-changing Latin America:
From Democratic Euphoria to Introversion**

Since PAN's electoral triumph in 2000, Mexico's foreign policy shows two distinct stages: the six years term of Vicente Fox (2000-2006) and the one of Felipe Calderón (2006-2012). In the first one, the country would affirm via foreign policy its new identity as a democratic country, committed with human rights, and aligned with free trade. This realignment doesn't improve the ties with the United States, because of the war in Iraq, and it drove to a conflictive relationship with Cuba, and pushed Mexico away from Latin America in a time of progressive governments, and strong leadership of Brazil around his South American regionalist project. The presidency of Calderón started a stage

dominated by the “war on drugs”, and the Latin American foreign policy from the previous period changed: human rights were put aside, helping to reshape relations with Cuba; And Mexico returned to Latin America through the Pacific Alliance, akin to its liberal economic orientation, and CELAC, as a space for foreign policy coordination. The article concludes with some questions about changes in Cuba after Castro’s death, and about the presidency of Donald Trump, as new relevant factors for Mexican foreign policy.

SUMMARIO

A acomodação do México em uma América Latina em mudança: Da euforia democrática à introversão

Desde o triunfo eleitoral do PAN em 2000, a política exterior do México mostra duas etapas diferenciadas: os sexênios de Vicente Fox (2000–2006) e de Felipe Calderón (2006–2012). No primeiro, o país afirmaria, via política exterior, sua nova identidade de país democrático, defensor dos direitos humanos e alinhado com o livre comércio. Esse realinhamento, sem que tenha levado a uma melhor relação com os Estados Unidos, devido à guerra do Iraque, significou uma relação conflituosa com Cuba e afastou o México da América Latina, em um período marcado por governos de corte progressista e pela forte liderança do Brasil na esfera de um regionalismo sul-americano. Já com a presidência de Calderón, inicia-se uma etapa dominada pela “guerra contra as drogas” e por uma guinada no que diz respeito à política latino-americana do período anterior: os direitos humanos ficam em segundo plano, o que permite recompor as relações com Cuba, e o México retorna à América Latina por meio da Aliança do Pacífico, afim à sua orientação econômica liberal, e da CELAC, como espaço de acordo político. A modo de conclusão, o artigo levanta algumas questões sobre as transformações em Cuba após a morte de Castro e sobre a presidência de Donald Trump como novos fatores relevantes para a política exterior mexicana.

